

Reubicación espacial, sectorial y social del capital y movimiento obrero

Jorge Rodríguez Guerra

Uno de los argumentos sobre los que se ha apoyado el cuestionamiento, y la negación, de la centralidad del trabajo en la sociedad actual ha sido el de la afirmación de una crisis del movimiento obrero y de su organización por excelencia: el sindicato (Screpanti, 1989; Shalev, 1992; Regini, 1994; Recio, 1994; OIT, 1997; Castells, 1998; Ebbinghaus, 2002; Boltanski y Chiapello, 2002; Visser, 2006). Se considera incluso que esta podría ser terminal en el sentido de que los sindicatos pueden desaparecer en las próximas décadas o que, en todo caso, no volverán a tener la capacidad de afiliación, movilización y poder económico, político y social que fueron construyendo desde mediados del siglo XIX y que alcanzaron su cénit a finales de los años sesenta del siglo XX; estas organizaciones, en fin, se convertirán prácticamente en irrelevantes en el devenir de nuestras sociedades. Desde esta perspectiva, si el trabajo asalariado ya no es una actividad central, difícilmente lo pueden ser movimientos y organizaciones fundados en él.

Este aserto estaría corroborado empíricamente por la llamada “crisis del sindicalismo”, que se evidenciaría fundamentalmente en el descenso generalizado e intenso de las tasas de afiliación -la disminución de la densidad sindical- y en la merma de la capacidad de movilización y de presión de estas organizaciones tanto en la empresa como en el conjunto de la economía.

Recibido: 26-09-08 - Aceptado: 29-01-09

Departamento de Sociología Universidad de La Laguna (Islas Canarias, España) c/
Cabrera Pinto, N° 70, 38201 La Laguna, S.C. de Tenerife, España - Tfno:
0034922261332 -Email: jrguezj@ull.es

Se ha analizado ya con detalle y rigor la tesis del fin de la centralidad del trabajo y considero que se ha mostrado ampliamente su carácter falaz (Antunes, 1999; Neffa, 2003; Rodríguez Guerra, 2006a). El trabajo asalariado sigue siendo una actividad y un valor central en nuestras sociedades aunque, ciertamente, se ha transformado notablemente en las últimas décadas y estos cambios han intensificado la complejidad de su centralidad. Siendo ello así, se puede conjeturar que el movimiento obrero y sus principales organizaciones, aunque en estos momentos en general se encuentran debilitados, siguen teniendo y, con toda probabilidad, tendrán una enorme importancia en el devenir social, y que de su capacidad de organización, de movilización y de orientación político-moral depende en no poca medida nuestro futuro colectivo.

Sostendré en este trabajo el carácter eurocéntrico (entendiendo por tal una perspectiva unilateral anclada en la situación de las sociedades del capitalismo avanzado), industriocéntrico y androcéntrico de la formulación dominante de la “crisis” del movimiento obrero. Estos anclajes dificultan notablemente la observación de las nuevas realidades del mundo del trabajo asalariado y el calibrado de sus consecuencias¹. Me centraré en un fenómeno esencial de lo ocurrido en las últimas décadas: la intensidad y amplitud de los movimientos del capital. Este siempre está en movimiento (ésta es una característica que le es inherente)²; ocurre, sin embargo, que en los últimos treinta años, y como uno de los mecanismos de superación de la crisis económica que se inicia a finales de los años sesenta del siglo XX, la intensidad y amplitud de estos movimientos han sido extraordinarias. Sintetizando la cuestión puede afirmarse que la consecuencia más evidente de ello ha sido una muy notable reubicación espacial, sectorial y social del capital.

Es preciso remarcar en este punto que el capital es ante todo una relación social. No puede entenderse simplemente, como ocurre habitualmente en la acepción cosificada al uso, como una cantidad de dinero que se invierte con el objetivo de obtener una cantidad mayor. Es el fruto de la relación que se establece en cada caso entre empresarios y trabajadores en la producción de un bien o servicio. Es imposible entender el ca-

1 Debo señalar que por exceder de los objetivos aquí planteados no me ocuparé en este trabajo de evaluar la organización, objetivos y estrategias de acción de los sindicatos en estas últimas décadas. Esta cuestión es sin lugar a dudas muy relevante también para la comprensión de su debilidad actual y para el análisis de las perspectivas de su revitalización. Aquí sólo me detendré pues en la consideración de factores externos a las propias organizaciones de los trabajadores.

2 Es necesario precisar que el capital no es un todo homogéneo con idénticas características, formas de actuación y objetivos. Sus distintas fracciones pueden tener intereses diversos e incluso contradictorios. Por ello, sus movimientos no siempre coinciden en el tiempo, ni en el espacio, ni en los sectores económicos, ni en los sujetos sociales del trabajo. Aquí me ocuparé sólo de las tendencias dominantes; ello no excluye la conciencia de la existencia de movimientos de fracciones del capital o de capitales particulares que no se ajustan a lo aquí descrito.

pital, el capitalismo, sin los trabajadores. Es más, el capitalismo es imposible sin asalariados. Por tanto, los movimientos del capital suponen también los de estos últimos, activa o pasivamente; incluso en el caso extremo, tan notorio en los últimos decenios, de los movimientos puramente financieros y especulativos (Sassen, 1993). Los desplazamientos recientes han erosionado la capacidad de organización y lucha del movimiento obrero allí de donde se ha marchado y en la medida en que lo ha hecho, aunque en general sin llegar a anularla absolutamente; a ello hay que añadir un efecto debilitador general sobre el conjunto de los trabajadores -particularmente los descualificados y ocupados en sectores no estratégicos, aunque necesarios, de la actual fase económica-: la mayor movilidad del capital en relación a la de los trabajadores permite a éste con frecuencia obtener sus objetivos con la sola amenaza de su reubicación, al tiempo que facilita una competencia a la baja entre los propios asalariados. Pero, siendo esto cierto, se pueden apreciar ya sólidos indicios de que el capital inevitablemente empieza a desarrollar y fortalecer el movimiento obrero allí donde se va instalando. Asistimos así al despertar de organizaciones de trabajadores, aunque aún débiles y fragmentarias, en los nuevos espacios, sectores y sujetos sociales donde se va relocalizando³. Todo esto en un complejo y no lineal proceso que tal vez esté alumbrando un nuevo sindicalismo.

Antes de analizar este proceso de reubicación espacial, sectorial y social del capital y sus consecuencias sobre el movimiento obrero es necesario, sin embargo, examinar brevemente las condiciones político-económicas que lo han hecho posible: el ascenso y puesta en práctica del programa político del llamado neoliberalismo⁴. Este tiene uno de sus objetivos explícitos en la consecución de la quiebra del “poder sindical” (*union free environment*) como una de las condiciones imprescindibles para la creación de “un buen clima para los negocios”. La política duramente anti sindical ha sido, pues, una de sus características y ello no ha dejado de tener importantes consecuencias sobre las organizaciones de los trabajadores.

3 Aunque me ocuparé de esto más adelante, cabe señalar aquí que esta efervescencia reivindicativa puede comprobarse entrando periódicamente en la web www.labourstart.org o también observando los informes de la Organización Internacional del Trabajo. En ambos sitios se da cuenta diaria de la enorme multiplicidad, intensidad y amplitud de conflictos laborales a lo largo y ancho del mundo. En la mayor parte de los casos, estas luchas son organizadas y dirigidas por sindicatos (legales o ilegales).

4 Empleo el término “neoliberalismo” no porque lo considere acertado sino porque su uso ha terminado imponiéndose en nuestro ámbito científico y, por lo tanto, facilita la comunicación y el entendimiento. La filosofía político-económica dominante en las últimas décadas es en realidad una combinación desigual e inestable de principios liberales y conservadores; debido a ello considero más apropiado denominarla liberal/conservadurismo.

Al hilo de todo lo anterior me ocuparé, finalmente, de una de las razones relacionada con este triple movimiento del capital y más recurrentemente argüidas para explicar la crisis del movimiento obrero y la práctica imposibilidad de su revitalización: la fragmentación social, económica y política de los trabajadores asalariados. Trataré de mostrar que esta fragmentación, ciertamente existente, no es tal vez mayor ni más letal para el movimiento obrero hoy que ayer, y que por lo tanto no tiene por qué ser -como no lo fue en el pasado- un impedimento insuperable para el refortalecimiento de las organizaciones de los trabajadores.

El neoliberalismo como proyecto político de reconstitución del poder de clase

La crisis económica que eclosiona a mitad de los años setenta del siglo XX hizo necesario un intenso proceso de reestructuración del modelo de acumulación capitalista vigente que posibilitara la reanudación del crecimiento económico. La llamada “globalización” (Boltanski y Chiapello, 2002; Harvey, 2004; Zolo, 2006; Frieden, 2007) puede subsumir el conjunto de políticas -en los niveles interestatal, estatal y empresarial- puestas en práctica para alcanzar ese objetivo y, a su vez, el resultado de las mismas. El neoliberalismo ha sido la doctrina político-económica que ha guiado la acción de los gobiernos de la práctica totalidad de los países del mundo, aunque con distinto grado de amplitud e intensidad y con concreciones prácticas con frecuencia contradictorias (Harvey, 2007). Debe precisarse que la globalización no es como con demasiada insistencia se argumenta un fenómeno sin sujeto; no significa el advenimiento irremediable de algo que nadie ha causado intencionalmente, que nadie controla y del que todos igualmente -burgueses y proletarios, hombres y mujeres, países ricos y países pobres, etc.- pueden igualmente salir ganando o perdiendo. Es radicalmente falso el eslogan que afirma que “la globalización es una realidad, no una elección” con el que se trata de naturalizar absolutamente el fenómeno. Tal y como expresa con meridiana claridad J. A. Frieden, “la globalización sigue siendo una opción, no un hecho. Es una opción tomada por gobiernos que deciden conscientemente reducir las barreras al comercio y a la inversión, adoptar nuevas políticas hacia las monedas y las finanzas internacionales y proyectar nuevas trayectorias económicas” (Frieden, 2007: 13). La globalización es, por tanto, un programa político llevado adelante esencialmente por los Estados (el Estado no es una víctima de la globalización sino un agente activo de la misma aunque, al mismo tiempo, experimenta transformaciones derivadas de ese mismo proceso) y el gran capital multinacional (especialmente el financiero).

El objetivo global de todo este proceso ha sido, en opinión de D. Harvey, “restablecer las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las élites económicas” (Harvey, 2007: 32). Esto im-

plica, ineludiblemente, el debilitamiento o eliminación del poder de los trabajadores y sus organizaciones. En este sentido, de lo que se ha tratado es de terminar con lo que A. Zolberg ha calificado, de forma tal vez demasiado exagerada, como un régimen internacional “respetuoso hacia la fuerza de trabajo” (Zolberg, 1994), como fue en cierta medida el establecido después de la Segunda Guerra Mundial, de modo particular en los países del capitalismo avanzado.

Puede resumirse el programa de reestructuración propuesto en el denominado Consenso de Washington (Williamson, 1990): liberalización de la circulación del capital, control de la inflación, eliminación del déficit público, privatización de los bienes públicos, desregulación del mercado de trabajo, recorte del gasto público en protección social, etc. Se ha perseguido, y en buena medida alcanzado, la reorientación de la intervención del Estado principalmente desde la demanda (al menos en los países del capitalismo avanzado, tal y como muestra la puesta en práctica de políticas económicas y sociales keynesianas desde los años treinta del siglo XX y que implicó el desarrollo y consolidación del Estado de Bienestar en esos países) hacia el apoyo casi irrestricto a la oferta; esto es, se han aplicado políticas que en lo esencial han estado orientadas a favorecer las necesidades e intereses empresariales y que disminuyeran la responsabilidad del Estado en la garantía y la provisión de los derechos sociales de la ciudadanía (recortes en el Estado de Bienestar) y también, y tal vez sobre todo, un notable empeoramiento en las condiciones de empleo y salario de la mayoría de los trabajadores. El desmantelamiento del Estado de Bienestar era considerado como una precondition indispensable para la restitución del poder de clase en estos países y para reconstruir el proceso de acumulación de capital. Este objetivo no ha sido plenamente conseguido (Rodríguez Guerra, 2006b); no obstante, en el grado en que se ha avanzado en esa dirección la merma del poder de los trabajadores ha sido muy notable, de tal forma que es precisamente en estas sociedades en las que se está pensando cuando se afirma la crisis del movimiento obrero.

En los países periféricos o semiperiféricos en los que el Estado de Bienestar ha sido una realidad inexistente o, en todo caso, muy débil y fragmentaria el objetivo ha sido más bien el vaciamiento del propio poder estatal (lo que ha traído como consecuencia entre otras cosas la aparición de los llamados “Estados fracasados”, que para algunos fervientes defensores del liberal/conservadurismo se han convertido en un verdadero problema internacional (Fukuyama, 2004), o su reducción a un ente puramente de control disciplinario de los trabajadores y de facilitamiento de la penetración y operación del gran capital multinacional cuyos centros de mando están en los países del norte. El programa neoliberal ha sido aplicado, pues, con diferente intensidad y amplitud en las distintas sociedades según sean centrales o periféricas y sus consecuencias

han sido en parte divergentes. No obstante, un primer y esencial resultado ha sido que la desigualdad entre los países ricos y los países pobres ha crecido enormemente en estas décadas. Debe señalarse además que en términos generales la globalización ha supuesto también un aumento de la desigualdad en la generación y distribución de la riqueza en el interior de cada país, fuera este desarrollado o subdesarrollado. La globalización ha dado lugar pues a un intenso de polarización socioeconómica tanto en el plano nacional como en el internacional. Una de las razones de este hecho ha estado en la incapacidad de las organizaciones de los trabajadores para detener este proceso de transferencia de riqueza desde los trabajadores asalariados a los grandes capitalistas y de impedir lo que D. Harvey ha denominado “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004).

Esto ha sido así en buena medida porque el debilitamiento de los sindicatos y la quiebra del llamado “poder sindical” ha sido uno de los objetivos principales del programa político neoliberal y una estrategia deliberada seguida con mayor o menor intensidad por la mayoría de los diferentes gobiernos del mundo. Este hecho es de la mayor importancia si se tiene presente que “gobiernos amigos”, o por lo menos no beligerantes, han sido un factor clave en la expansión y consolidación del poder de los grandes sindicatos en la segunda mitad del siglo XX. En este cambio en la posición de los gobiernos ante el sindicalismo son muy ilustrativas las políticas puestas en práctica por M. Thatcher en Gran Bretaña (la provocación y derrota total de los sindicatos de la minería del carbón han pesado como una losa sobre el movimiento obrero británico hasta el momento presente) y por R. Reagan en Estados Unidos (la quiebra del sindicato de controladores aéreos supuso también el inicio del intenso declive del sindicalismo estadounidense y de la aplicación de políticas directamente antisindicales por parte de un buen número de las grandes empresas). En fin, “debilitar (como en Gran Bretaña y Estados Unidos), sortear (como en Suecia) o aplastar de manera violenta (como en Chile) el poder de la fuerza de trabajo organizada es una precondición necesaria de la neoliberalización” (Harvey, 2007:127). Para ello se ha utilizado un amplio conjunto de estrategias; si obviamos aquí la de la pura represión (ampliamente seguida en buena parte de los países subdesarrollados y también, aunque en menor medida, en las democracias liberales del capitalismo avanzado), podemos señalar tres como las principales: a) políticas económicas de “ajuste estructural” claramente recesivas que han dado lugar a desempleo masivo y, por tanto, a un debilitamiento del poder de la fuerza de trabajo⁵; b) desregulación del mercado de trabajo derogando buena parte del derecho del trabajo y el andamiaje jurídico protector de los trabajadores asociado al mismo,

5 Es muy esclarecedora a este respecto la afirmación de Alan Budd, asesor de M. Thatcher, citada por D. Harvey: “lo que se urdió, en términos marxistas, fue una crisis del capitalismo que recreó un ejército de reserva industrial y que ha permitido desde entonces a los capitalistas obtener elevados beneficios” (Harvey, 2000:20).

tanto en términos de contratación y despido como de derechos sindicales y sociales (Baylos, 1998; Ramos Quintana, 2002), avanzándose en el establecimiento de la precariedad como norma social de empleo; y c) los ya citados recortes en los derechos sociales de los trabajadores derivados de la reestructuración del Estado de Bienestar.

En este contexto general es en el que se deben situar los procesos de reubicación espacial, sectorial y social del capital impulsado esencialmente por los Estados y las grandes empresas y ampliamente apoyados por las distintas instancias gubernamentales. De este asunto y sus consecuencias para el movimiento obrero me ocuparé a continuación.

La reubicación espacial, sectorial y social del capital y el trabajo

En la fase actual de globalización del capital este se ha movido de forma muy intensa en el espacio -en y entre los distintos países-, ha cambiado de manera muy notable también de sector económico -desde la agricultura y sobre todo desde la industria hacia los servicios- y, por último, ha utilizado crecientemente nuevos sujetos sociales del trabajo asalariado: campesinos de los nuevos espacios territoriales en que se va relocalizando y, lo que aquí quiero destacar, en particular mujeres (habría que señalar también como un rasgo destacable en este sentido el empleo de inmigrantes procedentes de países periféricos o semiperiféricos -con papeles o sin ellos- en las economías más avanzadas, en especial Estados Unidos y la Unión Europea). Estos tres movimientos que aquí distinguimos analíticamente están entrelazados de forma desigual y compleja en las diferentes economías. No cabe pues entenderlos de forma separada, aunque no es mi objetivo aquí estudiar las relaciones que se establecen entre ellos.

El proceso de reubicación del capital ha debilitado ciertamente el modelo y el protagonismo del sindicalismo tal y como este se configuró a partir de la segunda mitad del siglo XX: grandes organizaciones burocráticas orientadas hacia la negociación entre cúpulas, occidentales, industriales, masculinas y de ciudadanos nacionales adultos.

La llamada “deslocalización” del capital, tan publicitada y tan temida por los trabajadores asalariados del capitalismo avanzado (y que sería más apropiado denominar “reubicación espacial” del capital, dado que este finalmente termina localizado en alguna parte, aunque no necesariamente por mucho tiempo) lleva aparejada la propia reubicación espacial del trabajo asalariado y tiene como uno de sus objetivos más esenciales aumentar la tasa de obtención de beneficios y la competitividad de las empresas. Ello exige entre otras cosas debilitar a la fuerza de trabajo organizada o simplemente eludirla allí donde es fuerte: “Así pues, las empresas pueden normalmente esquivar y con ello socavar la fuerza institucionalizada de los trabajadores en cualquier lugar determinado invirtiendo allí donde estos no cuentan con capacidad de resistencia. De hecho, así tienen que hacerlo si no quieren verse desbordadas y

derrotadas competitivamente por otras empresas que sí lo hagan” (Brenner, 1998: 20)⁶. Con frecuencia, tal y como ya se ha señalado, basta con la amenaza de la “deslocalización” para conseguir que la fuerza de trabajo acepte condiciones que de otra forma no asumiría.

La reubicación espacial del capital no es un fenómeno nuevo en tanto que es inherente al propio capitalismo y su desarrollo. Ahora bien, en las últimas décadas hemos asistido a una intensidad y a una escala de este proceso tal vez mayor que nunca antes en la historia. Así, hemos presenciado, en primer lugar, un profundo proceso de reubicación espacial en el interior de los países. Tomemos sólo dos ejemplos: el muy notorio caso de Estados Unidos con una devastadora emigración del capital industrial desde los Estados del noreste -ahora llamado el “cinturón del óxido”- hacia algunos Estados del Sur y el Oeste, los de Texas y California en particular (Silver, 2005); en España el desplazamiento se ha producido desde la cornisa cantábrica -Asturias muy significadamente (debido a cambios en el tejido productivo y al agotamiento de la minería)- hacia Madrid y el llamado “arco mediterráneo”, grandes receptores del crecimiento de la actividad en los servicios. En este caso el capital abandona zonas industriales clásicas con un fuerte y combativo movimiento obrero para instalarse en otras regiones de esos países donde aquel está ausente o es muy débil. El abandono de esos espacios no ha sido fácil ni ha estado exento de conflicto, pero pese a todo el capital -con la inestimable ayuda de los gobiernos- ha logrado hacerlo con costes relativamente moderados (en cualquier caso, una porción no despreciable de esos costes ha logrado externalizarlos hacia los Estados).

También hemos presenciado, en segundo lugar (y este tal vez ha sido el aspecto más llamativo del fenómeno), un intenso movimiento del capital entre los distintos países. La reubicación espacial de un muy importante monto del capital europeo, norteamericano y japonés hacia países de la periferia y la semiperiferia⁷: China e India de forma muy destacada, pero también el resto del sudeste asiático (Corea del Sur, Taiwan, Singapur, Malasia, Tailandia, Indonesia, Filipinas y Vietnam), así como especialmente México, Brasil, Argentina y Chile en Latinoamérica y algunos países del antiguo “bloque soviético” en Europa: Polonia, Chequia, Eslovaquia, Rusia, etc. En todos estos casos, el capital ha emigra-

6 Hay otras razones que ayudan a explicar el fenómeno de la reubicación espacial del capital -menores o nulas exigencias acerca del impacto medioambiental de sus actividades, apoyo financiero de los gobiernos de los países receptores en forma de subvenciones, desgravaciones fiscales, amplios mercados potenciales en esos países, etc.-, pero hay un acuerdo generalizado en torno a que la razón principal es la búsqueda de una fuerza de trabajo más dócil y barata.

7 No se debe ignorar, sin embargo, que más del 70% de los movimientos del capital se produce entre las propias economías capitalistas avanzadas. Estas “deslocalizaciones” han tenido un papel importantísimo en la creación de esos nuevos espacios que centralizan actualmente la actividad económica en el norte desarrollado.

do desde espacios con una fuerte implantación y combatividad sindical, de países con un nivel de reconocimiento de derechos sociales y laborales de los más altos a nivel mundial hacia zonas del mundo en que el movimiento obrero es muy débil o inexistente; se ha movido en fin hacia países en los que los derechos sociales y económicos brillan prácticamente por su ausencia. Este desplazamiento ha debilitado a las organizaciones de trabajadores en los países de salida del capital, muy particularmente aquellos del ámbito anglosajón.

El capital ha trasladado a esos nuevos espacios procesos de producción industrial intensivos en trabajo y normalmente con un nivel tecnológico medio o bajo. Este es, de manera notoria, el caso de China que, por decirlo en términos periodísticos, se ha convertido en la “fábrica del mundo”, pero también del resto de países señalados, con la excepción de India en la que parece predominar por el momento la implantación de actividades de servicios aunque en general también intensivas en trabajo y con baja intensidad tecnológica. Quiero hacer notar con esto que esta reubicación espacial del capital está dando lugar al desarrollo de una clase obrera industrial y a un proceso de urbanización de la población muy significativo en buena parte de esas sociedades. Como se sabe, industrialización y urbanización han sido dos procesos claves en el nacimiento y desarrollo del movimiento obrero europeo desde principios del siglo XIX, y estos dos mismos fenómenos están teniendo ya repercusiones parecidas en los ahora llamados “países emergentes”.

La reubicación del capital ha sido también sectorial (particularmente en los países capitalistas avanzados). Se ha producido una intensa terciarización de la economía tanto en términos de inversión como de empleo.

No hay sólidas razones para aceptar plenamente las tesis del postindustrialismo dado que la industria sigue siendo una actividad clave en la economía mundial (debe tenerse presente que su importancia no es sólo cuantitativa sino también cualitativa, en tanto que sigue siendo un factor explicativo insoslayable de las relaciones sociales -y particularmente de las laborales ya que muchos servicios han adoptado formas de organización del trabajo típicamente industriales- y del “estilo de vida”); en todo caso, tal vez sería más adecuado hablar de “neointerindustrialismo” (Blades, 1987; Cohen y Zyman, 1987). Por otra parte, la defensa del advenimiento de una “sociedad postindustrial” es, una vez más, una afirmación con un muy marcado carácter eurocéntrico: en la actualidad más de la mitad de la población mundial sigue viviendo de la agricultura campesina (Amin, 2005).

Ahora bien, no obstante estas matizaciones, es cierto que el empleo en el sector servicios en los países capitalistas avanzados, más allá del fenómeno de la “ilusión estadística” (Blades, 1987) provocada por los sistemas de clasificación sectorial del empleo, ha crecido de manera

muy intensa en las últimas décadas (Sanchis, 2007). En general, en estas economías las tasas de empleo en el sector servicios rondan el 70% de la población activa. Desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la actualidad se ha producido un intenso trasvase de trabajadores desde la agricultura a la industria y los servicios, y ya desde la segunda mitad del XX hacia los servicios.

No ha ocurrido lo mismo, y en todo caso no con la misma intensidad, en los países periféricos y semiperiféricos. Como se decía, en torno a la mitad de su población activa sigue trabajando en la agricultura campesina; es cierto que en algunos países una parte no despreciable de esa población rural se ha incorporado al trabajo industrial y otra porción está empleada en los servicios formales modernos (no se puede ignorar, sin embargo, que muchos de sus habitantes huidos de las hambrunas rurales viven hacinados en las ciudades sobreviviendo con actividades de servicios informales). Si tomáramos como ejemplo de estas transformaciones la República Popular China, no podemos menos que constatar que pese a su intenso proceso de industrialización y urbanización más de la mitad de sus habitantes (en torno a 700 millones) siguen siendo campesinos, y algo parecido podemos afirmar de India. Se debe ser cuidadoso, pues, con el fenómeno de terciarización de la economía y precisar que este es un asunto en buena medida circunscrito a los países capitalistas avanzados.

En cualquier caso, hechas estas salvedades, hay que señalar que además de que el trabajo industrial ya no se realiza en los mismos sitios ni con los mismos sistemas de organización de la producción, el empleo se está concentrando cada vez más en el muy heterogéneo sector servicios. Esta heterogeneidad no se refiere sólo al contenido del trabajo, cuya diversidad es inmensa, sino también a las condiciones de empleo y salario de la fuerza de trabajo. En este sector nos encontramos empleos con las más diversas características: desde los más cualificados a los menos, los mejor y los peor remunerados, los más estables y los más precarios, las jornadas de trabajo más diversas, todos los tipos de contratos imaginables o simplemente su ausencia, etc.

Una característica más del empleo en este sector que no se puede obviar es su intensa feminización. Su crecimiento ha posibilitado la inserción masiva de las mujeres en el mercado de trabajo y, al mismo tiempo, es preciso tener muy presente que a su vez ha crecido con tal intensidad porque las mujeres, como única forma de obtener un empleo, han estado dispuestas a aceptar condiciones que los varones por lo general han rechazado. Las mujeres se han incorporado generalmente en los empleos más precarios y peor pagados del sector (lo que las teorías de la segmentación denominan “mercados de trabajo secundario”). Ciertamente que muchos de los empleos de servicios se han creado en el sector público y en este las condiciones suelen ser mejores y la discriminación se-

xista menor que en el sector privado -un ejemplo arquetípico de este hecho es el de Suecia-; sin embargo, ello sólo hace menos brutal la discriminación de las mujeres en el conjunto del empleo mundial.

Todas estas características generales del empleo en los servicios -novedad, heterogeneidad, precariedad, feminización, etc.- comportan dificultades para la organización colectiva de los trabajadores y para el desarrollo del sindicalismo. No obstante, puede observarse también aquí la emergencia de un combativo movimiento organizado de trabajadores, particularmente en los del sector público (Briskin y McDermott, 1993; Cunison y Stageman, 1995).

Finalmente, como se acaba de poner de manifiesto, la reubicación del capital es también social. Esto es, en las últimas décadas se han incorporado al empleo con una gran fuerza nuevos sujetos sociales del trabajo asalariado. Al ya clásico recurso al campesinado como fuerza de trabajo dócil y barata que ahora se está utilizando masivamente en la mayoría de los países emergentes -China, India, Brasil, etc.-, hay que añadir también la recurrente utilización de inmigrantes que experimenta en la actualidad una intensidad similar a la de finales del siglo XIX y principios del XX, aunque los países emisores y receptores han cambiado de modo sustancial en la mayoría de los casos; los inmigrantes constituyen un porcentaje nada despreciable de la fuerza de trabajo (y en aumento) en los principales polos de actividad económica del mundo. Este cambio en la procedencia de la inmigración no deja de tener hasta el momento presente consecuencias distintas para el desarrollo del movimiento obrero que la ocurrida a finales del siglo XIX y principios del XX; en este caso la emigración partía esencialmente de Europa hacia los “nuevos mundos” y llevaba consigo, entre otras cosas, la cultura política y la experiencia desarrollada hasta entonces por el movimiento obrero europeo. Por esta razón, estos emigrantes jugaron un papel muy importante en la creación y desarrollo de sindicatos y organizaciones obreras en esos “nuevos mundos” (los casos de Estados Unidos, Argentina o Australia pueden ilustrar muy bien este hecho). Los actuales flujos migratorios desde el Sur global hacia el Norte (sin despreciar la importancia que están tomando las migraciones Sur-Sur) carecen por el contrario de ese bagaje, y en el punto de destino se encuentran con un movimiento obrero más bien debilitado y en no pocas ocasiones reticente con los inmigrantes. Estos hechos complican su integración y participación en las organizaciones de los trabajadores aunque ya hay también evidencias de que están empezando a hacerlo (Haba Morales de la, 2002; Allievi, 1996).

Con todo, el cambio probablemente más notable en lo que a los sujetos sociales del trabajo asalariado se refiere es el de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo: las tasas de actividad masculina por lo general se han mantenido o descendido ligeramente en las últimas

décadas mientras que las de las mujeres han experimentado un impresionante crecimiento (OECD, 2005). Naturalmente este es un fenómeno más acusado en unos países que en otros y obedece a muy diversas razones. Es necesario citar, en primer lugar, el deseo y la lucha de las mujeres por salir de las estrechas paredes y funciones a las que el capitalismo y el patriarcado las han confinado: por lo general las mujeres desean tener presencia en la esfera pública, ser autónomas, emanciparse económicamente y desarrollar una carrera profesional en la que proyectar su humanidad más allá de su condición, en su caso, de esposas y madres. Es importante resaltar, no obstante, razones de índole estrictamente económica: a) los cambios en las estructuras familiares (fruto en no poca medida de la actividad de las propias mujeres) -monoparentalidad, descenso y/o retraso de la nupcialidad, aumento de la tasa de divorcios- han provocado que muchas de ellas tengan necesariamente que emplearse para obtener los recursos económicos necesarios para la propia vida; b) conforme han aumentado las tasas de desempleo de los varones, su precariedad laboral y se ha producido una reducción de sus salarios reales (el caso paradigmático es el de Estados Unidos, aunque España no le va a la saga), las esposas y/o madres se han tenido que incorporar al mercado de trabajo para mantener o aumentar los niveles de capacidad adquisitiva familiar (es sabido que en la actualidad el principal mecanismo de defensa de los sectores sociales subalternos para evitar el riesgo de caída en la pobreza es el de la existencia de al menos dos salarios en las unidades familiares); c) el empleo de mujeres ha sido una estrategia deliberada seguida por el capital en no pocas ocasiones porque estas, por diversas razones, han estado dispuestas a aceptar condiciones de empleo y salarios que los varones rechazan y porque poseen cualidades muy valoradas, aunque no reconocidas ni remuneradas, en no pocos ámbitos de actividad económica (Benería, 1994). En cualquier caso, la presencia de las mujeres en la población activa es un fenómeno creciente, y no obstante la “doble jornada” y las segregaciones “vertical” y “horizontal” de que son objeto en el mercado de trabajo, se están integrando de modo progresivo en las organizaciones de trabajadores pese también a su histórico carácter y cultura masculinas.

Teniendo en cuenta todo esto, si se tiene presente la historia de las relaciones entre capital y trabajo puede afirmarse que “allí donde va el capital, le acompaña el conflicto” (Silver, 2005:55) y, por lo tanto, la organización colectiva de los trabajadores. Este no es, naturalmente, un resultado automático ni inmediato; múltiples mediaciones históricas, económicas, políticas, culturales, etc., intervienen en el proceso y estas condicionan la naturaleza, la velocidad, la intensidad, el alcance, la modalidad y los sujetos del conflicto. No obstante ello, puede establecerse con carácter general que finalmente terminará apareciendo. Las realidades emergentes que podemos observar a lo largo y ancho del mundo (la web www.labourstart.org es un magnífico escaparate de ello) convierten

en pertinente la pregunta planteada por D. Mulinari: “¿adiós o bienvenido el proletariado?” (Mulinari, 2000).

Desde esta perspectiva, analizar la debilidad actual del movimiento obrero y sus diversas organizaciones, así como su supuesta “crisis terminal”, exige examinar estos cambios sumariamente descritos en la ubicación espacial, sectorial y social del capital, y también las respuestas que está articulando el conjunto de los trabajadores asalariados del mundo. Esto requiere, a su vez, no situar la clave de arco de la vitalidad e importancia actual de las organizaciones obreras en la densidad sindical, sin negar por ello la relevancia de la cuestión. Como señala J. Visser “las tasas de sindicación son un punto de partida útil en el estudio del sindicalismo, pero no pueden ser tomadas como elementos indispensables, cuando se trata de aprehender el significado real de la actuación sindical, signado por muchas realidades aparentemente próximas” (Visser, 1993). En cualquier caso, estimo más cercano a la realidad considerar la debilidad actual del movimiento obrero y de sus organizaciones como un fenómeno coyuntural más que como un acontecimiento de carácter estructural y definitivo.

Buena parte de los estudios realizados sobre esta problemática presentan sesgos evidentes. Como ya se ha adelantado la mirada general es, en primer lugar, eurocéntrica. Esto es, se apoya en el análisis de la situación del movimiento obrero en los países capitalistas avanzados, y muy especialmente en algunos de esos países: en particular en Estados Unidos y Gran Bretaña. Esto plantea al menos tres problemas:

a) Los retrocesos y las derrotas experimentadas por el sindicalismo en estos países se convierten en la referencia nodal y la base sobre la que se sustenta la afirmación de la crisis. Sin embargo, aún tomando como referencia ese conjunto de economías, se tiende a ignorar una realidad compleja y diferenciada (Western, 1995; EIRO, 2004; Visser, 2006; Waddington y Hoffman, 2001); así, se obvia que en los países escandinavos los sindicatos han logrado mantener, y en algún caso aumentar, sus niveles de afiliación y, aunque en menor medida, su poder e influencia socioeconómica y política. Es cierto que en los países de Europa Central se ha producido un notable descenso de la afiliación sindical; sin embargo, no hay evidencias sólidas que apoyen una correlativa merma de la influencia de los sindicatos. Las sociedades de la Europa Meridional, por su parte, han tenido tradicionalmente una baja densidad sindical (salvo el caso de Italia) y sin embargo ello no ha sido un obstáculo para que las organizaciones de trabajadores demuestren una muy notable capacidad de movilización y presencia social como ejemplifica paradigmáticamente el caso de Francia.

b) Ignora que se ha producido una reubicación espacial, sectorial y social del capital y de los trabajadores en el seno de los propios países capitalistas avanzados. Por esta razón, buena parte de los estudios tien-

den a buscar a los trabajadores, a sus organizaciones y a sus luchas allí donde estaban en la fase anterior de desarrollo del capitalismo y, claro, encuentran que ahí poco queda de ello en muchos casos. Buena parte de los zonas tradicionalmente industrializadas han sido desmanteladas y las nuevas se han instalado en otros lugares del país; la intensa terciarización de estas economías implica que la fuerza de trabajo ya no está mayoritariamente en las fábricas sino en las oficinas, hospitales, escuelas, centros comerciales, empresas financieras, centros de investigación y desarrollo, servicio doméstico, etc.; la incorporación masiva de las mujeres al empleo (sobre todo precisamente en los servicios) exige buscar trabajadoras y no sólo trabajadores y algo parecido va ocurriendo, aunque todavía con menor intensidad, con los trabajadores inmigrantes. Todo esto, en fin, está dando lugar a la aparición -aunque aún incipiente- de organizaciones de trabajadores y a militancia obrera en espacios, sectores y sujetos sociales nuevos. Es muy sintomático que en los países capitalistas avanzados sean cada vez más las federaciones de trabajadores de servicios, especialmente las de los empleados/as públicos, las que se están convirtiendo en la "vanguardia" actual del sindicalismo (Rigby y Serrano del Rosal, 1997). Empiezan a no ser ya las clásicas federaciones del metal con su ethos particular quienes cumplan este papel. Esto trae aparejados cambios en los objetivos, las estrategias, las modalidades de lucha y los sujetos activos (es en este ámbito donde se aprecia una mayor intensidad en la incorporación de las mujeres a los sindicatos y su acceso a posiciones de liderazgo) y todo ello, en fin, dará lugar con toda probabilidad a un sindicalismo relativamente nuevo.

c) La percepción estándar, finalmente, ignora también en buena medida la reubicación de montos muy notables de capital en zonas de la semiperiferia y también de la periferia global. Este es un hecho muy relevante que podrá tener importantes consecuencias futuras para el movimiento obrero mundial. Se ha producido en las últimas décadas un intenso proceso de industrialización de ciertos países subdesarrollados. Los ejemplos por excelencia son los de los países asiáticos y latinoamericanos ya citados⁸. Por lo tanto, afirmar el declive de la industria y de los trabajadores industriales es erróneo y de una gran estrechez de miras. Hay efectivamente declive industrial, sobre todo de las industrias intensivas en fuerza de trabajo descualificada (no así de otras), en el conjunto de la llamada Tríada (muy intensa en Estados Unidos y en menor medida en la Unión Europea y Japón), pero simultáneamente se ha producido un impresionante incremento de la actividad en este sector en esas otras economías. Por esta razón, puede afirmarse que en la actualidad, toman-

8 No debe ignorarse en este contexto que también al mismo tiempo se ha producido una cierta desindustrialización o reprimarización de la economía de países que contaban con un cierto o notable desarrollo industrial. Esto podemos observarlo especialmente en algunos países de América Latina o del Este de Europa.

do como referencia la economía global, existe más producción industrial y hay más trabajadores industriales que nunca antes en la historia.

Este hecho está dando lugar también a la emergencia de un potente movimiento obrero que, todavía sin organizaciones sólidamente estructuradas y en un ambiente por lo general muy hostil, está incrementando de forma muy acusada la conflictividad laboral en esos países y condicionando la agenda sociopolítica de sus gobiernos y de las grandes multinacionales. Tal es por ejemplo el caso de Brasil⁹, Sudáfrica, Corea del Sur, Filipinas y China¹⁰ (De la Garza, 2000; Hutchinson y Brown, 2001; Kurivilla, Daws, Kwon y Kwon, 2002).

En cualquier caso, tal y como señala D. Harvey “la neoliberalización ha generado una paleta de movimientos de oposición tanto dentro como fuera de su ámbito. Muchos de esos movimientos son radicalmente distintos de los movimientos obreros que dominaron la escena política antes de 1980. He dicho “muchos”, pero no “todos”. Los movimientos obreros tradicionales en absoluto han muerto, ni siquiera en los países del capitalismo avanzado en los que se han debilitado tanto como consecuencia del ataque neoliberal a su poder” (Harvey, 2007: 217). Por lo demás, puede observarse ya que esos “nuevos movimientos sociales” están impregnando de forma compleja y no sin contradicciones la propia naturaleza, objetivos y formas de actuación del “viejo” movimiento obrero y ello a medio plazo no puede menos que enriquecerlo y fortalecerlo. Éste históricamente ha tenido una visión muy unilateral del trabajador: sólo lo concebía como *homo o economicus*; los nuevos movimientos sociales tratan de atender y expresar otras necesidades humanas no derivadas estrictamente de la condición salarial y por ello están convirtiéndose en nuevos motivos de organización y movilización de la clase trabajadora que no son necesariamente incompatibles con las reivindicaciones estrictamente laborales. La superación de la unilateralidad economicista tal vez sea una de las características del nuevo sindicalismo que considero que está emergiendo.

Debe señalarse además finalmente el carácter cíclico de la actividad y poder del movimiento obrero (Screpanti, 1989; Silver, 2005). Por paradójico que resulte, en términos generales las crisis cíclicas del capi-

9 El caso de Latinoamérica en general puede apreciarse en el reciente número de la revista Nueva Sociedad (Nº 211, 2007) dedicado monográficamente a las “Transformaciones en el mundo sindical”.

10 Si tomáramos a China como referente cabe consignar que en junio de 2007 se ha aprobado una nueva ley (que entra en vigor el 1 de enero de 2008) que garantiza ciertos derechos laborales y sindicales a los trabajadores (aún muy por debajo de los estándares europeos) pese a la enorme resistencia de las multinacionales allí instaladas y de los *lobbys* empresariales occidentales. Esa ley es el fruto de la presión y movilización de organizaciones de trabajadores chinos que han aumentado de forma muy notable la conflictividad laboral en ese país en los últimos años y a la que el gobierno ha tenido que dar alguna respuesta.

talismo que exigen reestructuraciones profundas del régimen de acumulación suelen ir acompañadas de un debilitamiento de las organizaciones de los trabajadores y un aumento del poder del capital: el desempleo y su precarización, y la intensificación de la intervención del Estado en favor de los intereses del capital tienen potentes efectos en el disciplinamiento de la fuerza de trabajo.

Sin embargo, debe señalarse también que cuando las soluciones dispuestas por los Estados para recrear las condiciones en que se reanuda el proceso de acumulación de capital profundizan el empobrecimiento de amplios sectores populares hasta más allá del límite de lo humanamente soportable, la rebelión de éstos suele convertirse más tarde o más temprano en inevitable. Esta puede tomar múltiples formas: desde asaltos masivos más o menos espontáneos a supermercados y centros comerciales, hasta la articulación de organizaciones de masas, no sólo ya para resistir sino también para desafiar frontalmente el orden político-económico vigente. En cualquier caso, el trabajo -su falta, su precariedad, los bajos salarios, su informalidad, etc.- y la ausencia de oportunidades vitales normalmente ligadas a él en nuestras sociedades está en el centro de estos movimientos (aunque expresen también otras problemáticas) sea cual sea la expresión concreta que tomen. Por ejemplo, lo que se ha denominado “giro a la izquierda” en buena parte de los países de América Latina se vuelve ininteligible si no tenemos en cuenta las consecuencias letales que ha tenido para muy amplios sectores sociales la aplicación del Consenso de Washington. El triunfo electoral de gobiernos de izquierda, en distintas variantes y con diversos grados de intensidad, tiene su fundamento último en la vitalidad, diversidad y poder de las organizaciones de trabajadores creadas o revitalizadas al calor de las consecuencias de las políticas neoliberales.

No cabe afirmar con fundamento, pues, la existencia de una crisis terminal del movimiento obrero y los sindicatos; ni siquiera su debilitamiento estructural y permanente, aunque es muy cierto que atraviesan serios problemas.

No obstante, no quiero dejar de examinar también una de las causas fundamentales que se arguyen en la defensa de la crisis del movimiento obrero: la fragmentación de la clase trabajadora.

La fragmentación es una constante histórica de la clase trabajadora

Con respecto al problema de la fragmentación y heterogeneización de la clase trabajadora cabe plantearse en primer lugar el hecho de que si utilizáramos hacia el pasado los mismos criterios para diagnosticar la actual crisis del sindicalismo no debemos concluir que este ha estado, salvo escasos y fugaces momentos, siempre en crisis. Si tomáramos como referencia el poder y vitalidad de las organizaciones obreras, sus

tasas de afiliación, su capacidad de organización y movilización, y su fortaleza y voluntad para conseguir mejoras sustanciales en la situación de los asalariados, se puede concluir que a lo largo de la historia sólo han sido realmente fuertes en determinados momentos y lugares (Abendroth, 1983; Silver, 2005).

Aceptando, a título meramente ilustrativo, la distinción establecida por D. Lockwood de la existencia de tres imágenes diferentes en el seno de la clase obrera acerca de la sociedad capitalista -la proletaria, la deferente y la privatizada¹¹- hemos de concluir que la proletaria, la que está en la base y es imprescindible para un movimiento obrero fuerte y eficaz, ha sido siempre, y continúa siendo, minoritaria. La historia de los sindicatos está llena de quejas de los militantes obreros acerca de la escasa disposición de los trabajadores a afiliarse y organizarse colectivamente, a dedicar parte de su tiempo y energías a la militancia obrera, a arriesgar las posiciones personales, etc., en favor de la mejora colectiva. Y sin embargo, prácticamente dos siglos después de la creación de las primeras organizaciones de trabajadores, aquí siguen.

La situación actual de acusada desmovilización y relativa debilidad de las organizaciones obreras, observada con perspectiva histórica, no es en lo esencial realmente novedosa y, consecuentemente, no cabe deducir de ella automáticamente su muerte o irrelevancia; ello no ha ocurrido en las múltiples situaciones pasadas de debilidad, en algunos casos más graves incluso que la actual, y no hay razones sólidas que sustenten que ello vaya a ocurrir ahora.

El argumento de la fragmentación y heterogeneización de la clase trabajadora es también utilizado de modo recurrente para defender la irrelevancia político-moral de estas organizaciones (Offe, 1992), la diversidad de las condiciones de empleo y salario, la enorme diferenciación en los contenidos concretos del trabajo y sus formas de organización, así como la fragmentación de los mundos de vida habrían destruido para siempre las bases sobre las que sustentar y hacer posible la solidaridad de clase sobre la que históricamente se ha desarrollado el movimiento obrero en el capitalismo. Esta diversidad de situaciones y expectativas individuales o de colectivos particulares harían imposible la agregación de intereses y la formulación de orientaciones político-morales universalizables.

Sin embargo, esta fragmentación y heterogeneidad de la clase trabajadora tampoco es nueva ni aparentemente mayor hoy que ayer; sí es

11 La imagen proletaria es la que se sustenta sobre la existencia de conciencia de clase y da lugar, habitualmente, a la integración en organizaciones y a la militancia obrera. La imagen deferente es la que tiene un claro sustrato ideológico conservador y es respetuosa con las diferencias de estatus social entre trabajadores y empresarios. La privatizada supone el cálculo egoísta y la búsqueda individualista de la mejora personal y está orientada hacia el consumo (Mann, 2000).

diferente (De la Garza, 2005). Los trabajadores asalariados siempre han sido heterogéneos en sus condiciones y expectativas, tanto en las características materiales de su trabajo como en sus orientaciones político-ideológicas y la agregación de intereses y la formulación de orientaciones político-morales nunca ha sido un asunto sencillo.

Si tomamos como referente el sindicalismo del siglo XIX es preciso señalar que era fundamentalmente de oficio. Los trabajadores de oficio calificados (con la ayuda de algunos intelectuales) fueron los que levantaron, organizaron y dirigieron los sindicatos y al conjunto del movimiento obrero durante ese período. Más allá de las formulaciones generales acerca de la necesidad e inevitabilidad de la revolución y el socialismo (no exentas de muy intensas controversias internas), su activismo se centró fundamentalmente en la defensa de los intereses materiales inmediatos del oficio concreto, y en el lugar particular, al que representaban. Esto, como es obvio, los llevó de forma no infrecuente a entrar en conflicto o a ignorar los intereses, necesidades y expectativas de los trabajadores de ese mismo oficio en otros lugares o, sobre todo, de los trabajadores de otros oficios y muy en especial de los no cualificados, de las mujeres, etc.; la fragmentación de la clase trabajadora en el plano material era un hecho evidente. En el plano de las orientaciones político-ideológicas la dispersión era también indiscutible. Si obviamos en este momento la existencia de muy amplios sectores de los trabajadores asalariados sin “conciencia obrera” y que, por tanto, participaban de una manera u otra de las ideologías *políticas* y *dogmas morales dominantes* –liberal/conservadurismo trufado intensamente de cristianismo en sus diversas expresiones- y nos centramos sólo en los militantes obreros, no podemos más que constatar su permanente división y enfrentamiento. Por ejemplo, las desavenencias entre anarquistas y marxistas durante la Iª Internacional (causa esencial de su disolución en 1876) y el enfrentamiento en el seno del propio marxismo entre reformistas y revolucionarios en el período de la IIª Internacional (motivo principal también de su muerte en 1919).

Si observamos el siglo XX advertimos a principios del mismo, efectivamente, la quiebra del sindicalismo de oficio, que en no pocas ocasiones fue diagnosticada como la crisis terminal del movimiento obrero (Silver, 2004). Sin embargo, ello dio lugar a través de un proceso complejo al desarrollo de organizaciones obreras más centradas en la clase. El llamado fordismo y el proceso de crecimiento y homogeneización del trabajo industrial (y en menor medida en otros sectores económicos) posibilitó el desarrollo de sindicatos de masas con posiciones relativamente unificadas para amplios sectores de trabajadores. La lucha por la consecución (y los avances alcanzados) de derechos políticos y sociales -democracia, seguridad social, sanidad, educación, vivienda, etc.- con un alto grado de universalidad también ayudó de forma no des-

preciable a esta creciente homogeneidad. Ahora bien, es preciso señalar la existencia de un elevado reduccionismo en esta idea dominante todavía hoy de un fordismo omnipresente como modelo de organización del trabajo y de homogeneización de la clase trabajadora (Sauvier, 2005). En primer lugar, el fordismo arquetípico ha sido, en todo caso, un fenómeno muy localizado en ciertos sectores industriales de los países capitalistas avanzados y en algunos enclaves de países semiperiféricos. También ha estado muy circunscrito al desarrollo de su correlato: el estado de bienestar. Amplísimos sectores del trabajo asalariado del mundo (incluidos colectivos relevantes cuantitativamente de las economías desarrolladas) no lo han conocido o sólo han experimentado alguna variante del mismo. Por otro lado, el número de trabajadores industriales en el capitalismo avanzado, incluso en los momentos de su máxima importancia cuantitativa y suponiendo que todos estuvieran sometidos al sistema de organización fordista del trabajo (que no lo estaban), rondó el 40-45% de la población activa en los países en que más importante era este sector económico (por ejemplo la República Federal de Alemania). Más de un 60% de los trabajadores, por tanto, no experimentaron (al menos de forma directa y en sus características arquetípicas) el supuesto proceso de homogeneización y unificación fordista. Por otra parte, aunque no me puedo ocupar detenidamente aquí de ello, está ya muy acreditado el carácter en buena medida falaz de esa supuesta uniformización. Lo ha puesto de manifiesto, aún desde distintas perspectivas teóricas, las teorías de la segmentación del mercado de trabajo.

En el plano político-ideológico el fordismo tampoco ahogó en modo alguno las diferencias en el seno de los trabajadores asalariados. La pluralidad ideológica y sindical ha sido una de las constantes históricas del movimiento obrero. La escisión de la IIª Internacional entre reformistas y revolucionarios se ha mantenido hasta la actualidad, si bien con una clara preponderancia de un reformismo cada vez menos reformista. Aun así, en el interior de cada una de estas dos alas la diversidad es también notable: social-liberales, socialdemócratas, socialcristianos, etc., por un lado¹² y leninistas, trostkistas, maoistas, anarquistas, etc., por otro. No debe ignorarse tampoco, en fin, el apoyo al fascismo de amplios sectores de la clase trabajadora en el Norte y en el Sur.

Puede afirmarse, por tanto, que esa idea tan ampliamente extendida de la existencia de una clase trabajadora unificada en lo material y en lo ideológico, que marchaba con un mismo uniforme, con un mismo ritmo y en una misma dirección no es más que un mito. La fragmentación y heterogeneidad de las clases trabajadoras es un elemento consustancial

12 Estas diferencias no las ha borrado naturalmente la reciente creación (diciembre de 2006) de la Confederación Sindical Internacional (CIS) a partir de la unificación de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), conformada básicamente por socialdemócratas y liberales, y la Confederación Mundial del Trabajo (CMT), que agrupaba a los sindicatos de orientación cristiana.

a su desarrollo histórico (Mann, 2000). En este sentido, la idea expresada por C. Marx y F. Engels en El Manifiesto, según la cual la expansión del capitalismo iría igualando las condiciones materiales de los trabajadores en todas partes de tal forma que la sociedad mundial se iría conformando en dos ejércitos enemigos -el ejército proletario y el ejército burgués- se ha revelado como muy problemática y simple. En efecto, cada vez más personas se integran en relaciones salariales en el mundo (y aquí hay una importante base material de unificación junto a otras como “la imposibilidad de gestionar la incertidumbre, la ausencia de poder real para configurar las cosas de otro modo, una presión creciente sobre la vida cotidiana” (Recio, 2004: 39), pero al mismo tiempo los integrantes de “la-clase-que-vive-del-trabajo” (Antunes, 2005) siguen manteniendo atributos individuales y grupales: oficio, profesión, ocupación, empresa, contrato, salario, género, etnia, religión, edad, nacionalidad, etc. Estos atributos particulares han sido históricamente utilizados por el capital para mantener y acentuar las divisiones en el seno del trabajo asalariado y asegurar su dominio: “las divisiones entre los trabajadores son producidas y reproducidas como una condición de la existencia del capital” (Lebowitz, 2005:173). No sólo eso; también han sido empleados por colectivos de trabajadores para obtener ventajas particulares, pues “Siempre que se ven enfrentados a la predisposición del capital a tratar a los trabajadores como una masa indiferenciada sin otra individualidad que su diferente capacidad para aumentar el valor del capital, los proletarios se han rebelado: casi invariablemente han adquirido o creado cualquier combinación de rasgos distintivos (edad, sexo, color y diversas especificidades geográficas) que pudieran emplear para imponer al capital algún tipo de trato especial” (Arrighi, 2000: 46). Por lo tanto, en este punto no cabe atribuir exclusivamente al capital la intensificación y la utilización de las diferencias naturales y culturales entre los trabajadores para favorecer la consecución de sus objetivos; también los asalariados las han utilizado en la defensa de los intereses particulares de sus diversos grupos integrantes. En este sentido, B.J. Silver señala perpicazmente que “las estrategias de creación de fronteras han adoptado tres formas interconectadas entre sí: segmentación de los mercados de trabajo (emprendida principalmente por el capital), limitación de la ciudadanía (emprendida principalmente por los Estados) y construcción de identidades de clase excluyentes, en función de criterios que no son de clase (emprendidas principalmente por los trabajadores)” (Silver, 2004: 38). A esto hay que añadir como novedoso los cambios de las últimas décadas en la organización social del trabajo y la organización empresarial; pueden sintetizarse en la llamada “producción flexible”: producción *just in time* que se sustenta sobre formas de organización empresarial flexibles (el “gigantismo” y la rigidez de la empresa fordista han sido sustituidos en muy buena medida por las redes empresariales, la externalización y la subcontratación), fuerza de trabajo flexible tanto

en las modalidades y características de su contratación como en sus competencias profesionales y, finalmente, tecnologías flexibles. Esta nueva base material de la producción perpetúa la fragmentación de “la-clase-que-vive-del-trabajo”.

Teniendo en cuenta estos hechos, puede afirmarse que es cierto que se ha expandido enormemente con el capitalismo el trabajo abstracto, pero no lo ha hecho el trabajador abstracto -el hombre sin atributos -, que sería lo único que permitiría una indeseable mecánica unificación total de los integrantes de la clase trabajadora.

Conclusión

El análisis de la situación presente y de las perspectivas futuras del movimiento obrero debe abandonar sus unilaterales perspectivas eurocéntrica, industriocéntrica y androcéntrica y contemplar la emergencia de nuevos espacios político-territoriales, sectoriales y sociales en los que el conflicto laboral y social se está resituando, así como los cambios que todo ello está produciendo en el modelo de sindicalismo dominante en la fase anterior del desarrollo del capitalismo. Debe partir de la constatación de la heterogeneidad histórica de los individuos y grupos que integran el conjunto de los asalariados y de la superación del mito de un pasado homogéneo y unificado y universalmente glorioso en el tiempo y en el espacio. En definitiva, debe abordar de forma realista y global la situación actual, atender a los cambios producidos en las últimas décadas y tratar de comprender sus implicaciones en esta nueva fase del desarrollo del movimiento obrero que todo indica que se está iniciando. En este sentido, afirmar la muerte o la irrelevancia presente y futura del movimiento obrero tal vez exprese más un deseo o un temor que una realidad empíricamente constatable.

Referencias bibliográficas

- Abendroth, W. (1983). *Historia social del movimiento obrero europeo*. Barcelona, Laia.
- Allievi, S. (1996). “Inmigración e sindicato”. *Sociologia del Lavoro*, N° 64.
- Amin, S. (2005), “Tres mil millones de campesinos amenazados”. En: Amin, S. (dir.): *Las luchas campesinas y obreras frente a los desafíos del siglo XXI*. Barcelona, El Viejo Topo.
- Antunes, R. (1999). *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre la metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Buenos Aires, Antídoto.
- Antunes, R. (2005). *Los sentidos del trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo*. Buenos Aires, Herramienta.
- Arrighi, G. (2000). “Siglo XX: siglo marxista, siglo americano”. *New Left Review* (edición en español), N° 0.

- Baylos, A. (1998). "Globalización y Derecho del Trabajo. Realidad y proyecto". *Cuadernos de Relaciones Laborales*, Nº 15.
- Benería, L. (1994). "La globalización y el trabajo de las mujeres". En: Finkel, L. *La organización social del trabajo*. Madrid, Pirámide.
- Blades, D. (1987). "Goods and services in OECD countries". *Economic Studies*, nº 8.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal.
- Briskin, L. y Mcdermott, P. (eds.) (1997). *Women challenging unions: Feminism, democracy and militancy*. Toronto, University of Toronto Press.
- Castells, M. (1998). *La era de la información*. Vol. 2: El poder de la identidad. Madrid, Alianza.
- Cohen, S. y Zyman, J. (1987). *Manufacturing matters*. New York, Basic Books.
- Cunison, S. y Stageman, J. (1995). *Feminising the unions: Challenging the culture of masculinity*. Aldershot, Avebury.
- De la Garza, E. (2005). "Introducción: del concepto ampliado de trabajo al de sujeto laboral ampliado". En: De la Garza, E. (comp.). *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires, CLACSO.
- De la Garza, E. (coord.) (2000). *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo*. México, FCE.
- Ebbinghaus, B. (2002). "Trade Unions changing role: membership erosion, organisational reform and social partnership in Europe", *Industrial Relations Journal*, Nº 33 (5).
- EIRO (2004), "Trade Union Membership 1993-2003". European industrial relations. observatory on line, www.eiro.eurofound.eu.in.
- Frieden, J. A. (2007). *Capitalismo global. El trasfondo económico de la historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica.
- Fukuyama, F. (2004). *La Construcción del Estado: gobierno y orden mundial en el siglo XXI*. Madrid, Ediciones B.
- Haba Morales, J. de la (2002). "Trabajadores inmigrantes y acción colectiva: una panorámica sobre las relaciones entre inmigrantes y sindicalismo en Europa". Papers. *Revista de Sociología*, Nº 66.
- Harvey, D. (2000). *Espacios de esperanza*. Madrid, Akal.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid, Akal.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, Akal.

- Hutchinson, J. y Brown, A. (eds.) (2001). *Organising labour in globalising Asia*. London, Routledge.
- Kurivilla, S., Daws, S., Kwon, H. y Kwon, S. (2002). "Trade Union Growth and Decline in Asia". *British Journal of Industrial Relations*, Nº 40 (3).
- Lebowitz, M.A. (2005). *Más allá del capital. La economía política de la clase obrera en Marx*. Madrid, Akal.
- Mann, M. (2000). "Orígenes de la diversidad de los movimientos de la clase obrera en Europa en el siglo XX". *New Left Review* (edición en español), Nº 0.
- Mulinari, D. (2000). "¿Adiós o bienvenido el proletariado?". www.socialismo-o-barbarie.org.
- Neffa, J.C. (2003). *El trabajo humano. Contribución al estudio de un valor que permanece*. Buenos Aires, Lumen.
- OECD (2005). *Employment Outlook*. 2005, OECD.
- Offe, C. (1992). "¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?". En: *La sociedad del trabajo*. Madrid, Alianza.
- Ramos Quintana, M. (2002). "Globalización de la economía y transformaciones del Derecho del Trabajo". *Justicia Laboral*. Revista de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social, Nº 10.
- Recio, A. (2004). "¿Qué fue de la clase obrera?". *Mientras Tanto*, Nº 93.
- Regini, M. (ed.) (1994). *The Future of Labour Movements*, London, Sage.
- Rigby, M. y Serrano del Rosal, R. (coords.) (1997). *Estrategias sindicales en Europa: Convergencias o Divergencias*, CES, Madrid.
- Rodríguez Guerra, J. (2006a). *La transformación de la sociedad salarial y la centralidad del trabajo*. Madrid, Talasa.
- Rodríguez Guerra, J. (2006b). "Globalización y Estado de Bienestar. ¿Por qué no ha sido desmantelado el Estado de Bienestar?". *Revista Internacional de Filosofía Política*, Nº 27.
- Sanchis, E. (2007). "El proceso de terciarización. Un enfoque sociológico". *Sistema*. Nº 200.
- Sassen, S. (1993). *La movilidad del trabajo y el capital. Un estudio sobre la corriente internacional de la inversión y del trabajo*. Madrid, MTSS.
- Sauvier, P. (2005). "Las tribulaciones de la autonomía y el saber obreros". En: García, J., Lago, J., Messeguer, P. y Riesco, A. (Coords.). *Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo*. Madrid, Traficantes de Sueños.

- Screpanti, E. (1989). "Los ciclos largos en la actividad huelguística: una investigación empírica". *Historia Social*, N° 5.
- Silver, B.J. (2004). *Fuerzas de trabajo. Los movimientos obreros y la globalización desde 1870*. Madrid, Akal.
- Visser, J. (1993). "Syndicalisme et Desyndicalisation". *Le Movement Social*, N° 62.
- Visser, J. (2006). "Union Membership Statistics in 24 Countries". *Monthly Labor Review*, January.
- Waddington, J y Hoffman, R. (1991). *Trade Union in Europe: facing challenges and searching solutions*. Bruselles, ETUI.
- Warchendorfer, A. (2007). "¿Hacia una nueva arquitectura sindical en América Latina?". *Nueva Sociedad*, N° 211.
- Western, B. (1995). "A Comparative Study of Working Class Disorganisation: Union Decline in Eighteen Advanced Capitalist Countries". *American Sociological Review*, N° 60 (2).
- Williamson, J. (1990). "Ten Areas of Policy Reform". En: *The Progress of Policy Reform in Latin America*. Washington, Institute for International Economics.
- Zolberg, A. (1994). "Response. Working-Class Dissolution". *International Labor and Working-Class History*, N° 47.
- Zolo, D. (2006). *Globalización. Un mapa de los problemas*. Bilbao, Mensajero.

Resumen

En los últimos años se ha producido una avalancha de publicaciones que afirman la crisis del movimiento obrero y de sus organizaciones. Este trabajo cuestiona los fundamentos de este tipo de diagnóstico y sostiene su carácter eurocéntrico, industriocéntrico y androcéntrico. Plantea la necesidad de abandonar estas perspectivas unilaterales para poder comprender en su complejidad la situación actual de las organizaciones de los trabajadores, que no es la de una crisis terminal ni la de su conversión en un actor social irrelevante. Ello exige analizar los procesos de cambio que está experimentando el trabajo asalariado en el mundo así como las expresiones del conflicto laboral y social. En este sentido, nuevos espacios político-territoriales, nuevos sectores económicos y nuevos sujetos sociales del trabajo están emergiendo y dando una nueva vida al movimiento obrero.

Palabras clave: crisis del movimiento obrero, movilidad del capital, fragmentación, debilidad de los sindicatos, eurocentrismo, industriocentrismo, androcentrismo.

Summary

In the past years, an avalanche of publications stating a crisis of labour movement and organisations has emerged. This essay reflects on the foundations of this type of diagnostic and declares its eurocentric, industrycentric and androcentric character. It also considers the need to give up those unilateral perspectives in order to be able to understand the complexity of the current situation of workers organisations, that does not involve a terminal crisis nor a conversion into an irrelevant social actor. This paper calls for an analysis of the current changing process into which the salaried work is plunged, as well as for a reflection on labour and social conflict expressions. In this respect, new political and territorial spaces, new economical sectors and the new social characters are emerging and giving a new life to the labour movement.

Keywords: labour movement crisis, capital mobility, fragmentation, union decline, eurocentrism, industrycentrism, androcentrism.